

ATARDECER (KONANTÜ)

En una saliente, casi en la cima del Manquimávida, abrigada su espalda con un makuñ; El joven guerrero, cruzó los pies sobre el pellón y miraba en dirección al oeste, hasta donde el gran río Bidu-bidu desembarcaba sus aguas.

Acarició su amuleto para espantar los wecufes, encendió un hornillo y miró allá abajo, en donde, en medio de la selva, su aldea; se iluminaba y cantaba alrededor de fogatas. El sonido inconfundible de cultrún y pifilkas; llegaba amplificado a la cumbre.

Hace tres lunas había iniciado su ascenso, se despidió de su familia y cargó su bolso, en tanto miraba los dedos del Alba, impactando lucidamente las paredes de granito de la Montaña del Tigre. Caminando por las orillas del río, miraba como la densa niebla, tornaba pálido al Sol, casi un fantasma y recordó un nombre ancestral: Chiway – Antu, o sea “Sol entre neblinas” de su lengua materna.

Y acá estaba ahora en la cumbre, dispuesto a pasar la noche orando y elevando ofrenda a los espíritus. De pequeño soñaba, o quedaba largas horas en silencio y esa virtud le era reconocida por su pueblo, pero ahora; le había dicho la machi pewün:

-“Mari, mari, Nehuencura, de ahora no dormirás en tu cama, hasta no ir a la Montaña del Cóndor y allí, sobre la piedra más alta, harás altar y llevarás estas ofrendas a los espíritus, para que te den mensaje de los que ya partieron” - y así lo hizo él.

Sobre la roca, el guerrero, vio como las sombras caían, ya en el hornillo había brasas, introdujo las hierbas que derivaron en densa humareda; respiró profundo y luego cerraba los ojos, entonando el ritual de invocación. Entre tanto, el chonchón interrogaba al intruso, y, entre el follaje, sólo el ronco resollar del puma.

La Selva bullía en cantos nocturnos, no obstante, en la mente del weichafe se producía el silencio, empezaron las vueltas y de pronto, su manta se alzó elevándolo por los aires; pasaban rocas y matorrales debajo de él y, sin luna, la inmensidad, era un lago negro que se abría en un gran remolino que le tragaba. Sintió su corazón detenerse y clamó en un gran grito, devuelto por las paredes de roca de los acantilados. Así voló hasta caer en el lago de fuego donde habitaban los pillanes, temió quemarse pero, ya estaba adentro

Su mente le dijo que no debía angustiarse, demonios terribles corrieron hacia él con lanzas envenenadas, les miró y supo que ellos también le temían, relajó sus piernas, y caminó con premura; allá al fondo una enorme gruta le atraía con fuerza.

Le cerraron el paso, seres estrambóticos. Todos venían a matarle y de pronto, se frenaron, miró atrás y vio el rostro enorme de la hechicera de su aldea, ser la propia Luz de la luna, que se replicaba muchas veces formando un círculo protector alrededor del guerrero, Estaba a mitad de camino de la gruta y no avanzaba, los sueños le enseñaron la prudencia, dejaría hacer y actuaría cuando fuera necesario.

Tocó nuevamente su amuleto y los wecufes huyeron despavoridos, solo quedaron cuatro seres, "esos, seguro eran dioses", - pensó y sus pies transitaron por un sendero de luz en el suelo, pronto entraba en la gruta, el eco de sus pasos resonaba junto el compás de goteras invisibles. En el centro; un pozo, con roca fundida en su interior, ebullición poderosa y su resplandor teñía de luz las paredes de la galería, revelando unos dibujos extraños, esperó y sentóse sobre una piedra.

Entonces entró el anciano, tenía el rostro del barro, una enorme barba blanca que arrastraba por el suelo y sus largas uñas pintadas. No parecía caminar sino que, solo se acercaba a su lado. Ya cerca, extendió su brazo y tocó con su mano la cabeza del guerrero, era tal su energía que éste cayó de inmediato, postrado de rodillas: el anciano tomó harina de maíz y agua y las echó sobre los párpados del hombre.

Newencura vio el rostro del sol, que lloraba y lágrimas caían desde sus mejillas al suelo, miró y he aquí divisó el nacimiento del Gomero, del Buenuraqui y otros esteros, que bajaban valle abajo hasta perderse en el Gran Río. También vio como esas lágrimas endurecían bajo las aguas y bajaban por el lecho, mezcladas con el barro y arenas. Miró también su nación, y se dijo que un hombre podría vivir para siempre.

Truenos y relámpagos le interrumpieron, tronaba la tierra con los pasos de una gran muchedumbre, adelante una litera sobre los hombros de altísimos porteadores, sobre el lecho, sentado en un trono, un gobernante cuyo su nombre era el Inka, lo decían allá en el norte y se repetía en su Lov. Inka se decía a las orillas del Itata, y en toda la

nación pikunche. El asentaba su trono y todas las naciones le obedecían, le decían

Hijo del Sol y por esa razón, vivía en dorado palacio donde nadie ha llegado

El guerrero miraba la comitiva y también contempló un muro enorme que cerraba el

paso a la imperial caravana; abarcaba desde la comarca del Pengu, hasta la lejana

Diuquín. Se acercó y vio que ese muro eran cuerpos de miles de conas, que blandían

lanzas de coligue, lado a lado, los guerreros y, al costado colgando de la cintura, las

certeras boleadoras. Entonces aquel Dios-hombre, el Inka majestuoso les miró y, en

un ademán con su brazo, retorno a sus ejércitos al norte, no lo volvieron a ver.

Newencura sintió en el lugar la dicha de sus hermanos, volvió la cosecha abundante,

las fértiles lluvias y la fruta madura de los arbustos, el muday y la chicha brotaba

desde los cuencos, todos danzaron, comieron y bebieron, muchos guillatunes,

sucedieron a las lunas, después de cada renacimiento del mundo.

Amanecía; debía volver a su piedra, buscó el manto, pero otra visión le detuvo;

nuevos seres que venían desde el norte, devoraban los caminos; eran casi tan

blancos como la Luna, ellos eran barbados y cubrían su cuerpo con poncho que

brillaba bajo el sol. Desde sus manos, unas varas, que recordaban los truenos y el rayo de los pillanes, cuando las blandían, veía a sus hermanos caer, manando sangre por el vientre, por la espalda, por la boca; eran derrotados sin siquiera ser tocados.

Un feroz clamor ascendió de su nación y, las mujeres corrieron a refugiarse en grutas y collados sin atreverse a mirarlos, otros huyeron al fondo de la espesura. Los nuevos llegados, se metieron a sus ríos ancestrales; se inclinaban y buscaban, hurgando entre sus arenas con unos cuencos de madera, ¿que buscaban? - se preguntó el guerrero: pues buscaban las lágrimas del Sol. Newencura se sintió desdichado y miró a lo alto buscando la respuesta: “¿A dónde iremos Señor, entonces?” -clamó el guerrero; hubo un silencio, cesó la visión y entonces, entre las tinieblas, el guerrero escucho el mensaje: - “A Occidente, siempre a Occidente”.

Cuando oyó esto, dio las gracias a su espíritu y luego fue tomado por los aires, llegando a la cima del Manquimávida, abrió sus ojos, y se encontró sentado sobre su manta, en el mismo promontorio, el hornillo estaba apagado, y su piel casi azul por el frío empezó a ser recorrida por la Luz de la Mañana. Se levantó con dificultad y

destapando su calabaza, vació agua sobre su cabeza, mientras entonaba un cántico saludando el nuevo día. Horas después ya descendía hasta su aldea.

Newencura relató a su pueblo, aquel viaje al mundo de los espíritus, su esposa le trajo un cocido de maíz y romasa, después de comer y beber, recién el bravo, pudo recuperarse.

Pasaron 2 meses y toda su familia, en total unas 25 personas, habían preparado la partida, un camélido con dos varas a su costado, sostenía una plataforma, cargada de cuanto utensilio, les fuera útil, además de provisiones para el camino. Arriba de toda la carga, la ñaña; desdentada, esgrimía una varilla que agitaba de cuando en cuando, todos empezaron a caminar.

Cuando se alejaban, los que quedaron les despedían con los brazos y, los más burlescos, decían; “Ese hombre siempre fue un soñador, ¿cómo dejaremos esta buena vida porque vio demonios que amenazan nuestra raza invencible?”-

- “¿Cómo será eso, de los barbudos, de pecho que relumbra y que buscan lágrimas de Sol, en las arenas de los arroyos?” – argumentaban otros; seguro, una locura

Treinta lunas después llegaron a un hermoso valle, entre las montañas que refugiaron a sus hermanos, cuando Kai-kai, invadió sus aldeas y mató a tanto lafkenche; precisamente pasaron las marismas de Tubul bordeando los cerros, primero subieron y, al otro lado de las colinas, descendieron al valle, en medio del cual un caudaloso río, serpenteaba hacia el mar, la playa, sobreabundante de huepos, liquives y coyoyes ofrecía alimento en abundancia. Entonces torcieron al fondo del valle; río arriba y allí, sobre un césped tan mullido que acariciaba sus pies, desarmaron y se ubicaron a espaldas de una colina abrigada. Allí decidieron edificar su aldea. Mientras trabajaban, de cuando en cuando, divisaban algunos individuos, casi siempre solitarios que pasaban y saludaban en un acento gracioso

“mari, mari pu peñi, mari mari, pu lamien”

Y ellos respondían a gritos, a la distancia, luego alzaron sus chozas de barro, quilas, ramas y carrizales, los varones construían, las mujeres preparaban el fogón y, en una piedra, molían el maíz seco, para fabricar la harina que cocían, las niñas llevaban sus cantaros al río para llenarlos con agua, los perros corrían ladrando, de un lado a otro.

Años después llegaron noticias desde el norte, desde las tierras de Chiguayante; habían aparecido unos seres de piel de luna, dentro de una ropa brillante que desviaba las flechas, eran altísimos, corrían sobre cuatro extremidades, habían llegado desde Quillacoyan preguntando por el “ORO” que le decían. Newencura recordó su visión, consultó:

“¿Al oro lo buscan entre las arenas y el lodo del río, con una especie de platos?”

“Así es hermano y azotan al peñi, que no les entiende, vienen con yanaconas y, hemos visto como despedían truenos y rayos, desde sus palos que portan en sus manos” respondían.

-¿Cómo les llaman mis hermanos a esos ladrones invasores? –volvió a preguntar El guerrero, ahora lonco, sintiendo la sangre arder en su rostro.

“Llegaron del norte, en comitiva, como aquel señor que decía ser hijo del Dios Sol, por tanto: al igual que aquel llamado Inka, hemos llamado Winka, a este nuevo invasor que llegó preguntando por las lágrimas de Antú, derramadas en los ríos” – dijeron.

Newencura quedó en silencio, habían sido años maravillosos, desde aquella visión en el cerro Manquimávida y partido con su familia. Ahora miró su pueblo, pasaban el centenar, abundancia de comida, de mar y frutos silvestres, y por todos lados corrían esas pequeñas nutrias que llamaban Quiapo los lugareños.

“De que te preocupas, esposo, le dijo su primera mujer, si eso queda al norte, a muchas lunas de distancia, no cruzarán el río y se perderán hacia acá, tienen miles de otras senderos que seguir y, se perderán enloquecidos, en las montañas del tigre

Newencura calló, miró al occidente como Antú descendía a su lecho entre las grandes aguas, sintió el lamento del viento, levantar collares de espuma.... Y; se dijo a sí mismo; “Esposa mía, me parece que nuestros dioses nos dejan, También nuestro pueblo, se dirige al ocaso”.

Seudónimo: KIMEWENTRU